

CAPITULO XXXII.

CAIDA DEL MINISTERIO POLACO.

La manifestacion de O'Donnell en Manzanares habia producido en toda España el mismo efecto que en Madrid.

A mediados de julio iban recibíendose en la metrópoli noticias de todas partes á cual mas satisfactorias, y la efervescencia de los liberales no podia ya contenerse en los límites que hasta entonces habia aconsejado la prudencia.

Asegurábase que la vanguardia del ejército que á las órdenes del ministro de la guerra habia salido en persecucion de los sublevados se habia pasado á la division de O'Donnell, que Buceta habia penetrado en Cuenca, (1) que se habian pronunciado varias

(1) Hé aquí como relata este suceso don Cristino Martos:

«Vengamos ahora á dar cuenta á nuestros lectores del suceso mas notable que aconteció por entonces, y que escitó justamente la admiracion y el entusiasmo de cuantos le supieron, así como puso el mayor espanto en el ánimo de nuestros men-guados gobernantes, que mas que nunca conocieron entonces, que si para dejar vacías las arcas del tesoro les bastaba tener á su frente al monaguillo de Sevilla, para combatir una insurreccion armada habian menester del terrible espadon de Loja, el cual, si por su tosca educacion, sus modales de soldado y su cortedad de entendi-

partidas en el reino de Valencia, que en Alcira se habia secundado el alzamiento, que la caballería de Montesa, con cuyo auxilio contaba el gobierno para dominar la sublevacion, habiase declarado en favor de los insurrectos, y que por fin Valladolid, Barcelona, Granada, Zaragoza y otros puntos habian hecho inclinar el fiel de la balanza en favor del grito regenerador que con la velocidad del rayo se propagaba por todos los ángulos de la península.

miento no era propósito para el gobierno, por sus hazañas de la Mancha y sus proezas del 48 estaba acreditado de muy hábil para la matanza.

Queremos hablar de la toma de Cuenca, y aunque ya en su lugar dejamos apuntado el suceso, él dá indicios tan claros del valor de los que le llevaron á cabo, y los pormenores de la expedicion son de tal modo interesantes, que no creemos importuno el referirlos, y mas cuando el haberlos recibido de testigos presenciales, nos dá algun derecho á presentarlos como exactos.

Determinado el valiente don Manuel Buceta á emprender cosa en que pudiera ejercitar la actividad de su espíritu y dar muestras de los alientos de su ánimo, tuvo una entrevista con el general en jefe, y de acuerdo con él, separóse de la columna con sesenta voluntarios, llevando de segundo jefe al bizarro patriota don Felipe Abascal, y de oficiales á don Ramon Garea y á un bravo mozo riojano, del cual nos olvidamos hacer mencion al referir el suceso de Vicalvaro.

Era su objeto dirigirse á la ciudad de Cuenca, llegar en dos dias delante de sus muros, entrar por sorpresa en ella, apoderarse de las autoridades, y si encontraba en buena disposicion al vecindario, formar allí un centro desde el cual pudiese llevar la agitacion á la provincia, y que, en caso de apuro, le ofrecia pronta y segura retirada para el Aragon.

Cuáles fuesen los inconvenientes de esta empresa, cuán grandes sus dificultades y peligros y cuánta resolucion necesitasen los que habian de ejecutarla, no hay para qué decirlo: lo escaso del número de aquellos valientes espuestos cada instante á encontrarse en su camino con fuerzas infinitamente superiores, la facilidad de que fuesen avisadas las autoridades de Cuenca, la ventajosa posicion de este pueblo, que le hace poco menos que inespugnable; y aun vencidas por la maña tales dificultades, el riesgo á que se esponian aquellos intrépidos aventureros de tener que sostener en las calles una lucha desventajosa con las fuerzas que hubiera y cuyo número no era posible que supiesen, no teniendo, como no tenian, inteligencias secretas en la ciudad; todos estos tan ciertos y tan inminentes peligros hubieran sido bastantes á poner miedo y vacilacion en ánimos menos arrestados y firmes que los de Buceta y sus compañeros, los cuales estaban resueltos á no ceder un punto en aquel empeño, que aun despues de realizado, miró todo el mundo como imposible.

Antes de referir cómo entraron aquellos valientes en la ciudad de Cuenca, digamos algo de lo que pasaba en ella, pues en verdad que en este suceso no sabemos si debe causar mayor admiracion que el valor de los conquistadores la flojedad y torpeza de las autoridades.

El dia 9 de julio recibieron el gobernador Balsalobre y el comandante general Moreno de las Peñas, aviso de haber pernoctado el 8 en Sisante una partida de voluntarios, que al parecer se dirigia sobre aquella capital: no cuidándose mucho las autoridades de tal aviso, ni tratando de utilizar los infinitos medios de defensa con que cuenta aquel pueblo, pensaron que lo único que convenia en aquel trance era hacer acopio de municiones, y con tal idea, emplearon en la fabricacion de cartuchos á los peones camineros, que á causa de las circunstancias políticas, se habian

Sabíase que en todas partes simpatizaba el ejército con el pueblo, y unidos destrozaban las cadenas con que el despotismo polaco habia esclavizado á la nacion española.

El astro de la Libertad difundia por fin su radiante luz por todas partes, y un destello de esta hermosa luz hizo penetrar la verdad en el régio palacio, donde todo suelen inficionarlo la mentira y la torpe adulacion.

juntado en la ciudad, preparándose así con tan formidables aprestos, á recibir al valeroso Buceta.

Venia este muy tranquilo (que no parece sino que estaba bien penetrado de la insigne torpeza de sus enemigos) por el camino de la Mancha, y llegando al pueblo de Belmonte hizo subir á sus sesenta voluntarios, en diez carros, que presto habian de ser otros tantos Palladiones de aquella nueva Troya, en la cual si faltaban bravos Hectores y avisados Priamos, habia débiles Morenos, y tiesos, hinchados é incapaces Balsalobres. Prosiguieron así su camino, hasta que al llegar al otro lado de un pueblo que llaman Arcas, dejaron el camino de la Mancha y fueron á tomar la carretera de Valencia, para entrar en la ciudad por aquel lado.

Buceta, que conocia aquellos terrenos como quien los habia recorrido muchas veces, dispuso esta maniobra, porque elevándose de aquel lado delante de la ciudad una pequeña colina, podian á su amparo llegar sin ser vistos hasta las puertas y ejecutar felizmente la sorpresa que meditaban.

Llegaron así á la puerta que llaman de Valencia, y entraron por ella sin inspirar sospechas, á pesar de que si bien los voluntarios iban metidos en los carros, Buceta, Abascal, Garea y Marcos caminaban á caballo dando indicios de quienes eran en lo nada pacífico de sus arreos y apostura.

Llegados que fueron al arrabal llamado Campo de San Francisco, bajóse de los carros la mitad de la fuerza, y conducida por el intrépido Abascal, se encaminó por el *Arrabal de los Tiradores*, dando los primeros gritos de ¡viva la libertad! ¡abajo el gobierno! al pasar por delante del cuartel de San Francisco: no habia en él fuerza ninguna de tropa de línea, porque una compañía que guarnecía la ciudad habia salido el dia antes para Guadalajara; pero sí estaban encerrados allí los guardas municipales de la provincia reunidos en número de doscientos, los cuales, sin duda por estar, según dejamos dicho, empleados en la fabricacion de cartuchos, no pusieron impedimento alguno al paso de los temerarios aventureros.

Siguió Abascal con su gente por el puente de San Pablo y fué á desembocar en la plaza, ocupando sus avenidas, y haciéndose así dueño de una posicion importante, por dominar este sitio toda la ciudad, y ofrecer á la pequeña columna una segura retirada para Aragon, caso de sufrir algun notable descalabro.

Buceta entre tanto habia seguido con el resto de la fuerza por la calle ancha de la Carretería, sin dejar los carros hasta la plaza del mismo nombre, donde apeándose los voluntarios, secundaron el grito arrojado por los de Abascal en el Campo de San Francisco.

Ocurrió en aquel sitio un incidente, que aunque de ninguna importancia, parecenos digno de mencionarse, por ser un rasgo de valor, que, aun allí donde todos lo eran, acreditó al que le tuvo de temerario: Marcos, aquel bravo riojano á quien nombramos mas arriba, apartóse de la direccion que pensaba seguir Buceta, y acompañado de un voluntario armado de un trabuco, se encaminó por toda la calle de la Carretería, subió por el sitio llamado *Puente de la Trinidad*, y pasó por delante de la casa del Comandante general, donde habia una guardia que ni siquiera le dió el

Era el 17 de julio de 1854.

El reloj del alcázar de cien reyes marcaba las once de la mañana, cuando con todo el cinismo de un hombre sin vergüenza osó presentarse ante doña Isabel II don Luis Sartorius, primer conde de San Luis y presidente del ministerio polaco por obra y gracia de la *camarilla* que presidia el poder oculto establecido en el PALACIO DE LOS CRÍMENES.

quién vive, y por la tesorería, donde habia otra, que se encerró valerosamente al verle, aprestándose sin duda á la defensa, mientras él llegaba tranquilo al Gobierno civil, donde ya encontró á Buceta y los suyos, que se habian encaminado al mismo punto por la calle del Agua, y tomado las bocas-calles, hasta ponerse en comunicacion con Abascal y su gente, que durante este tiempo, se habia apoderado de la plaza.

Dejemos á Buceta tomando las avenidas del Gobierno civil, á Abascal ocupando la plaza, y á la poblacion contemplando el extraño espectáculo entre asombrada y contenta, y vengamos á referir lo que hacian entre tanto las autoridades.

Estando en misa el Gobernador, llegó apresuradamente y con muestras de sorpresa y de susto un hombre, que acercándose á él, le comunicó la nueva de que Buceta, con una columna de voluntarios, se dirigia á la ciudad: atónito el conñado Gobernador y sin querer dar crédito á lo que oia, abrió un parte que le entregó el mensajero, en el cual el alcalde de Arcas confirmaba la verdad de tan estraña y poco agradable noticia. Aturdido, temeroso y confuso salióse al punto de la iglesia y se encaminó á su casa, acompañado de varios consejeros provinciales.

Conferenciando estaban acerca de las medidas que habian de tomar en tan apurado trance, cuando la agitacion del pueblo, los gritos y el movimiento que en todas partes se sentian les advirtieron de la entrada de sus enemigos y de que era ya tarde para precaver, y aun por ventura no muy temprano para resistir. Contaban, para oponerse á Buceta, con los doscientos guardas de quienes ya hicimos referencia, y además con cien peones camineros, fuerza bastante si se atiende á lo escaso del número de los valientes aventureros, pero insuficiente en este caso, por ignorar las autoridades el verdadero número de sus contrarios, y mas por el desaliento y el miedo que en ellas habia puesto lo atrevido de la accion y lo bien ejecutado de la sorpresa.

Encaminóse, pues, Balsalobre al Gobierno, donde no tardó en verse reunido con el Comandante general, llamado por Buceta, y con el alcalde que tambien habia acudido á aquel sitio, obedeciendo las órdenes de Abascal.

Juntóseles á poco el propio don Manuel Buceta, que estando en el sitio llamado las Zapaterías, bajó hácia lo interior del pueblo, atraído por unos tiros, que luego se averiguó haber sido disparados por ocho peones camineros, que subiendo desde San Francisco, quisieron llegar al Gobierno, y al desembocar en la calle Real dieron con los centinelas de Buceta, hicieron fuego sobre ellos, aunque sin resultado, y sufrieron á su vez una descarga, con la cual, mas certeros ó mas dichosos los sublevados, lograron causarles la pérdida de un herido. Con esto huyeron cuatro de los peones, y el cabo Martin que los mandaba, diciendo que iba de paz, pasó con los otros, y llegó al Gobierno civil.

Juntas ya las autoridades, dirigiólas Buceta un breve discurso en que las manifestó que habia ocupado la ciudad á nombre del general en jefe del ejército constitucional don Leopoldo O'Donnell; que deseaba conocer el espíritu y los sentimientos que animaban á sus habitantes, y que abrigaba la esperanza de que por parte de los

Apenas invadió la régia cámara, preguntóle S. M. cuál era el estado de la tranquilidad pública en las provincias, y el hombre obcecado que se había propuesto arrastrar al trono en su caída, respondió con sin igual desenvoltura, que el estado de las provincias no podía ser mas satisfactorio; pero como la reina había recibido una comunicacion de Valladolid, en que se hacia una descripcion exacta de los males del pais para justificar el alzamiento que

representantes del gobierno de Madrid no se opondria una inútil resistencia. A estas palabras contestaron las autoridades haciendo entrega formal y solemne de la ciudad, y despues de firmar un acta espresiva de todo, saliéronse de Cuenca y se encaminaron á Tarazona los dos compañeros de infortunio Moreno y Balsalobre, los cuales, ya que carecieron de fortaleza para defenderse, tuvieronla al menos para no adherirse al alzamiento y para permanecer fieles al gobierno que servian.

En cuanto á los guardas y peones camineros, aquel mismo dia se adhirieron algunos á Buceta, y los demás fueron enviados á sus pueblos, dejándose las armas y uniformes.

El siguiente dia convocó Buceta á voz de pregon á los individuos del ayuntamiento y á igual número de mayores contribuyentes, los cuales, afectos á los polacos unos, cobardes é indecisos otros, determinaron no pronunciarse. Buceta, que pudiendo mandar como conquistador, había preferido consultar la voluntad del pueblo, andaba dudoso en el partido que hubiese de tomar, visto que aquella se le manifestaba contraria; pero unos cuantos animosos liberales, que no eran por cierto ni concejales ni mayores contribuyentes, llegaron á poner término á su justa incertidumbre, manifestándole que por el miedo de algunos hombres de esos que jamás arrostran el peligro, pero que obedecen siempre al que manda, no había de juzgarse del espíritu de la ciudad entera; que antes bien, allí como en todas partes estaban indignados contra los saqueadores públicos que se decoraban con el nombre de ministros de la corona; que todos los hombres honrados habían acogido el grito de O'Donnell como una esperanza, y que en cuanto á los habitantes de Cuenca, podía estar seguro que no deseaban sino pronunciarse.

Alentado con tales discursos el valeroso Buceta, hizo imprimir y mandó fijar en todos los sitios públicos de la ciudad, la siguiente proclama:

Ejército monárquico-constitucional.—Columna de operaciones del norte de España.—E. M.

HABITANTES DE LA PROVINCIA DE CUENCA. El sagrado estandarte de la libertad ondea victorioso entre vosotros. La reforma inaugurada con sangre de valientes en la capital de la monarquía el 30 de junio anterior, ha encontrado un poderoso eco en las principales ciudades de España, y ayer, vosotros contemplásteis con admiracion cuánto pueden la fé y el ardimiento en los corazones libres. ¡Hombres honrados de todos los partidos! empuñad las armas, y venid llenos de entusiasmo á contribuir á tan grande y noble causa. Uníos, formemos nuevos lazos de fraternidad, y rasguemos ese infame sudario que ha tenido escondido en las tinieblas el santo y sublime nombre de **LIBERTAD**.

No seamos por mas tiempo víctimas de *vergonzosos águos*, no permanezcamos impasibles á la vista de tanto vilipendio, de tantos *crímenes civiles y políticos* perpetrados á la sombra del poder, y que querian hundir insensiblemente los sagrados derechos del Pueblo.

Alzaos, sacudid de una vez el ominoso y degradante yugo, que, un puñado de

en aquel punto habían dirigido las personas mas influyentes y honradas del partido liberal, acobardóse Sartorius, conociendo que había llegado al término de sus escándalos, y que había sonado ya la hora de la espaciacion.

Sin embargo, tuvo aun bastante avilantez para esclamar:

—Señora... tratan de perderme.

—Tú me pierdes á mí,— parece que le contestó la reina.

hombres sin fé, pero ávidos de la sangre de este generoso pueblo, ha querido imponernos, y formemos todos de consuno con nuestros pechos esa fuerte muralla de patriotismo, destinada á reconstruir el templo de la **LIBERTAD** y de la **LEY**.

Desaparezcan los *anticipos*, la *odiosa contribucion de consumos*, el *estanco de la sal*, de *tabacos*, y tantos *monopolios como aniquilan la riqueza pública*, sin mas objeto que el *engrandecimiento del pandillage*, el *favoritismo* y la *inmoralidad*.

Liberales, á las armas, aprestémonos á la lucha, que nuestra es la victoria. Demos cima á nuestra empresa y no olvidemos que el pueblo unido es invencible.

Viva la **REINA** constitucional, viva la **CONSTITUCION**, viva la **LIBERTAD**.

Cuenca 10 de Julio de 1834.—El C. G. M. y Gobernador civil interino de esta provincia.—**MANUEL BUCETA DEL VILLAR**.

Reunió en seguida el ayuntamiento, convocó á voz de pregon al vecindario en la plaza pública, y luego que se hubo allegado una gran multitud, presentóse á caballo delante de ella y la espresó su determinacion de permanecer en la ciudad, si como pensaba, no le era hostil el espíritu de sus habitantes: inmensas aclamaciones respondieron á estas palabras, quedando así pronunciada la ciudad, y haciendo en un instante el entusiasmo del pueblo lo que nunca hubiera ejecutado el miedo de los concejales.

Eigióse allí mismo una junta, compuesta en su mayor parte de personas conocidas por sus ideas liberales, la cual, segun anduvo de tímida, indecisa y vacilante, no parece sino que aceptó por compromiso su encargo, ó que desesperanzada de que aquella sublevacion alcanzase buen suceso, no queria mostrarse enérgica y resuelta, temerosa de las consecuencias de su derrota. A tal sospecha á lo menos dá nacimiento en nuestro ánimo la proclama que publicó al dia siguiente, que para todo podía servir menos para infundir aliento en los corazones, segun era de tibia en su espíritu y de ambigua en sus palabras. Y no parezca severo el juicio que formamos de aquel documento; que harto mas duro le harian nuestros lectores si cayéramos en la mala tentacion de publicarlo.

Siguieron así las cosas, hasta que al cabo, persuadida la junta de que O'Donnell no venia por aquel lado, influida de las noticias oficiales, que mas que nunca ponderaban entonces la derrota y fuga hácia Portugal de la division libertadora, y no queriendo, en situacion tan dudosa, esponer la ciudad á los riesgos y penalidades de un sitio, se lo manifestó así á Buceta el dia catorce, y este que no queria permanecer en Cuenca á disgusto de sus habitantes, contestó que al dia siguiente evacuaría la ciudad.

Salió en efecto de ella el dia quince, por el sitio llamado *la Hoz de Cuenca*, y siguiendo la infantería el camino de Aragon, salieron Buceta, Abascal y algunos otros á caballo á esperar á algunos voluntarios que habían ido de espedicion á Carrascosa y tenido un encuentro desgraciado con fuerzas muy superiores del gobierno; y ya incorporados con ellos, volvieron á entrar por el arrabal de Cuenca y se juntaron al resto de la fuerza.»

—Protesto, señora, que mi fidelidad.....

—No quiero oír tus disculpas.

—Un plazo, señora, concédame V. M. un plazo de solo ocho días y hago formal promesa de tranquilizar el país..... de conjurar todos los peligros..... que por cierto no son tan graves como quieren mis enemigos hacer creer á V. M.

El desprecio con que acogia la reina las reiteradas súplicas del procaz ministro, le puso en la angustiosa necesidad de presentar su dimision, que fué desde luego admitida como las de los demás ministros.

Estas dimisiones fueron exigidas por S. M. de un modo que bien podian calificarse de duras destituciones, y así hubiera querido el país que se hubiese espresado en la *Gaceta extraordinaria*.

El pueblo de Madrid particularmente, confiado en que el decreto de exoneracion saldria acompañado de la censura que merecia el infame gabinete caido, abandonóse á un júbilo imponderable; pero este júbilo fué momentáneo.

Cundió la noticia que la reina habia encargado formar y presidir el nuevo gabinete á don Fernando Fernandez de Córdova, y esto bastó para que se aprestase á la lucha, que no tardó en estallar.

Madrid no olvidará nunca el asesinato del infortunado Manuel Gil perpetrado el 21 de agosto de 1845.

La sangre de un pobre artesano vale tanto ó mas que la de un palaciego.

Manuel Gil murió inocente, y la sangre de la inocencia forma un rio invadible que separa al pueblo de sus asesinos por mas que estos vistan bordados de oro y ostenten condecoraciones que las mas de las veces se prodigan á los verdugos de la humanidad.

Cuando Córdova mereció la confianza de la *camarilla*, encendió un cigarro habano, y con toda la presuncion y énfasis de uno de esos soldados fanfarrones que tanto abundan en nuestros antiguos sainetes, exclamó:

—Antes de concluir este cigarro quedará vencida esa asquerosa rebelion.

Ignoramos lo que haria el buen general con su cigarro; pero si alienta aun esperanzas de avasallar al pueblo de Madrid antes de consumir el tal puro, no seria extraño que lo hubiese apagado á la mitad, y en vez de tirarlo como hacen los caballeros, le hubiera colocado detras de la oreja, á guisa tambien de fanfarron de sainete, para volverle á chupar después de su triunfo; pero como no hay apariencias de que este llegue tan pronto como desearia su excelencia, nos tomamos la libertad de aconsejarle que alivie su oreja de semejante carga, si no quiere que su presencia apeste hasta en los aristocráticos salones.

El hedor á cigarro apagado es tan repugnante para las damas del buen tono, como el hedor á pólvora para los pueblos civilizados. Mas adelante veremos si fueron fundados los recelos del pueblo de Madrid, cuyo entusiasmo arreciaba cuanto mayores eran los obstáculos que se oponian al noble deseo de reconquistar su libertad perdida.

Súpose en la Plaza de toros la caida del ministerio *polaco*, y estalló un grito de general entusiasmo que obligó á la música á que tocase el himno de Riego, y apenas sonaron las primeras notas de este arrebatador recuerdo del héroe de las Cabezas de San Juan, doce mil almas enardecidas por el amor de libertad, batieron palmas largo rato produciendo una salva estrepitosa que se repitió en todos los intermedios de la lidia.

Terminado el espectáculo poco antes de anochecer, juntóse la inmensa multitud que salía de la Plaza con los grupos de la ancha calle de Alcalá, y se dirigieron á la Puerta del Sol prorumpiendo en vivas á la Libertad.

Vino la noche y las anchas calles del centro de Madrid iluminadas espontáneamente con asombrosa profusion, hallábanse cuajadas de un gentío exaltado por una alegría indefinible.

Mil músicas, precedidas de grandes faroles y banderas con los colores nacionales, cruzábanse en todas direcciones, sin que el estruendo marcial de los himnos patrióticos ahogase los vítores que daba el pueblo á los ídolos de su corazon.

Cuando la ebullicion de júbilo estaba en su mayor apogeo, vino una infausta noticia á turbar aquella alegría inmensa.

Otro crimen de los muchos que surgian del taller de la calle de las Rejas provocaba la ira popular.

Cundió la voz de que la camarilla no queria ceder, y en efecto publicó mas tarde una gaceta extraordinaria, que fué el último combustible que arrojó para que el fuego pátrio acabase de convertirse en incendio voraz.

Los decretos de la caída de los ministros eran una sarta de ofensas y de insultos que la *influencia bastarda* arrojaba al rostro del PUEBLO SOBERANO.

Estaban concebidos en estos términos:

«Atendiendo á las razones que me ha espuesto don Luis José Sartorius, conde de San Luis, vengo en admitirle la dimision que de los cargos de presidente del consejo de ministros y ministro de la Gobernacion me ha hecho, quedando altamente satisfecha de la lealtad, celo é inteligencia con que los ha desempeñado, y de los

eminentes y especiales servicios que ha prestado á mi trono y á la nacion.

Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Estado, Angel Calderon de la Barca.»

«Atendiendo á los méritos y servicios del teniente general don Fernando Fernandez de Córdova, senador del reino y director general de infantería, vengo en nombrarle presidente del consejo de ministros y ministro de la Guerra.

Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Estado, Angel Calderon de la Barca.»

«PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.—*Reales decretos.*—Atendiendo á las razones que me ha espuesto don Angel Calderon de la Barca, vengo en admitirle la dimision que me ha hecho del cargo de ministro de Estado, quedando muy satisfecha del celo, inteligencia y lealtad con que lo ha desempeñado.

Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El presidente del consejo de ministros, Fernando Fernandez de Córdova.»

«Vengo en admitir la dimision que en nombre del teniente general don Anselmo Blaser me ha hecho del cargo de ministro de la Guerra, el presidente del consejo de ministros, quedando muy satisfecha del celo, lealtad é inteligencia con que los ha desempeñado.

Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro. = Está rubricado de la real mano. = El presidente del consejo de ministros, Fernando Fernandez de Córdova.»

«Atendiendo á las razones que me ha espuesto don Jacinto Félix Domenech, vengo en admitirle la dimision que me ha hecho de los cargos de ministro de Hacienda é interino de Gracia y Justicia, *quedando muy satisfecha del celo, lealtad é inteligencia con que los ha desempeñado.*

Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro. = Está rubricado de la real mano. = Refrendado. = El presidente del consejo de ministros, Fernando Fernandez de Córdova.»

«Atendiendo á las razones que me ha espuesto don Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, vengo en admitir la dimision que me ha hecho del cargo de ministro de Marina, *quedando muy satisfecha del celo, lealtad é inteligencia con que lo ha desempeñado.*

Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro. = Está rubricado de la real mano. = Refrendado. = El presidente del consejo de ministros, Fernando Fernandez de Córdova.»

«Atendiendo á las razones que me ha espuesto don Agustin Esteban Collantes, vengo en admitirle la dimision que me ha hecho del cargo de ministro de Fomento, *quedando muy satisfecha del celo, lealtad é inteligencia con que lo ha desempeñado.*

Dado en Palacio á diez y siete de julio de mil ochocientos cin-

cuenta y cuatro. = Está rubricado de la real mano. = El presidente del consejo de ministros, Fernando Fernandez de Córdova.»

Renunciamos á describir la indignacion que escitó en todos los ánimos la redaccion de los precedentes decretos, indignacion que daba impulso á los deseos de venganza, que ya se habian manifestado anticipadamente, porque hacia algunas horas que el pueblo habia adivinado el pensamiento de sus opresores.

En este estado se publicaron hojas volantes que acabaron de entusiasmar mas al pueblo, no siendo la que menos efecto produjo una que estaba concebida en estos términos.

«MADRILEÑOS: Valladolid, Barcelona, Granada, han respondido al grito nacional de 28 de junio.

La camarilla no cede.

El inmundo ministerio del conde de San Luis ha sido sacrificado para reemplazarlo con otro que empastele la situacion.

No hay transaccion posible.

Ni el ejército constitucional la admite, ni el pueblo debe admitirla.

¡ A las armas, nacionales de Madrid !

¡ A las armas, ciudadanos !

¡ Caigan á nuestros piés todos los tiranos !

Destruyamos de una vez á todos los ladrones y consolidemos el triunfo de la libertad.

No mas espera.

No mas perdon.

El sol de mañana debe alumbrar nuestra gloria y la eterna humillacion de nuestros enemigos. = EL COMITÉ LIBERAL.»

No hubo menester mas...

El entusiasmo subió de punto.

Y tan alto como el entusiasmo frisaba la ira popular.

Los opresores desafiaban al pueblo.

El pueblo no podía dejar de aceptar tan insolente reto.

Entre Córdoba y los madrileños, hay un lago de sangre;

Madrid aborrecia á Córdoba como á Sartorius y á Narvaez.

¡A las armas! era el grito general.

Ya están en abierta lucha **EL PUEBLO Y SUS OPRESORES.**



CAPITULO XXXIII.

VENGANZA POPULAR.

Así que el pueblo había llegado á convencerse de que se le engañaba, puesto que aun, desde el régio alcázar, donde se habían cobardemente refugiado los criminales que habían saqueado al país, la *influencia secreta* y sus cómplices avasallaban al trono, y se trataba solo de apaciguar los ánimos con un mero cambio de personas; pero no de sistema... así que el advenimiento del verdugo de Manuel Gil demostró claramente á los madrileños la suerte que les esperaba si por desgracia llegaba la *camarilla* á reconquistar su poder..... así que no quedó ya duda alguna de que una nueva traición amagaba renovar, acaso con mas furia, las iniquidades que se cometieron en 1848 contra el honrado vecindario de Madrid, tomó el pueblo un aspecto soberano, un aspecto verdaderamente amenazador.

¡Infames opresores! ¿Cómo podiais presumir que se había de contentar, con aquella alegría inmensa que resonaba por todos los